en estos dos días siguientes: sabed que Don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aquí puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero.

Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con Don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podía suceder algún peligro: sólo Don Quijote con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venía más adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quijote:

—Apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros.

—Ea, canalla, respondió Don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cría Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, si no, conmigo sois en batalla.

No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro día habían de correrse, pasaron sobre Don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, y echándolos á rodar por el suelo.

Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante, pero en fin se levantaron todos, y Don Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacadas, diciendo á voces:

—Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condición, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata.

Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á Don Quijote, y más enojado que vengado se sentó en elcamino, esperando á que Sancho, y Rocinante y el rucio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto siguieron su camino.

Quedó molido Sancho, espantado Don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante.